

La Semana Literaria Popular

Revista ilustrada

30
cts.



Biblioteca Científica Popular

SECCION I

Medicina — Higiene — Biología

HIGIENE BIOLOGICA

Por el doctor Demetrio F. Salas.

Verdadera guía de la salud y la longevidad, que ha merecido universales elogios de profesionales y profanos.

Fundada en los sanos principios de un naturismo razonado y científico, la obra del doctor Salas tiene un interés y mérito reconocido por técnicos y profanos en la materia.

Numerosas ediciones se han hecho en diversos países de este libro; pero entre todas ellas, la más pulcra, cuidada y perfecta, es la de esta Biblioteca.

PRECIO: DOS PESETAS.

SECCION II

Ciencias físico-químicas y sus
aplicaciones industriales

QUIMICA DEL MOTOR

(CARBURANTES Y LUBRICANTES)

por E. Sevilla Richart, ingeniero.

Importante obra de rigurosa actualidad, en la que se trata del magno problema de la producción nacional del petróleo y gasolina, haciendo, además, un detenido estudio de todos los carburantes y lubricantes para motores.

Libro utilísimo y práctico, al alcance de todos.

PRECIO: TRES PESETAS

De venta en todas las librerías

Editorial Guerri Colectivizada. - Valencia

Magnífica colección de 40 cuadernos, que constituyen otros tantos episodios de las extraordinarias aventuras de un grupo de exploradores franceses que dan la vuelta al mundo en reñida competencia con otro grupo de exploradores ingleses. " "

El As de los Boy-Scouts

Por Jean de la Hire

He aquí los sugestivos títulos de los episodios.

1. El correo aéreo.—2. El auto sitiado.—3. El deporte diabólico.—4. La clave del misterio.—5. La reina de los «tuareg».—6. Las fieras del lago Chad.—7. Los últimos antropófagos.—8. Un radiograma extraño.—9. El drama etiópico.—10. Regatas interesantes.—11. El misterio del Titán.—12. La aventura india.—13. El rubí viviente.—14. Los piratas chinos.—15. El tesoro de los mogoles.—16. La lucha por la vida.—17. El terrible Ojo de Lince.—18. En el país de los osos.—19. La ciudad misteriosa.

20. El navío maldito.—21. Los robinsones polares.—22. Los rivales de Amundsen.—23. El abrazo polar.—24. En el fondo del mar.—25. El duelo supremo.—26. La inmensa tragedia.—27. La venganza de los thugs.—28. La banda de los proscritos.—29. El saco maldito.—30. La choza aérea.—31. Hermoso desquite.—32. La corriente interoceánica.—33. El ataque de los pagones.—34. Los cautivos.—35. El fantasma y el solitario.—36. Los delfines del Orinoco.—37. Los revolucionarios mejicanos.—38. Las caperuzas grises.—39. La reanudación de un «match».—40. Bajo el Arco del Triunfo.

**LECTURA INSTRUCTIVA Y AMENA
PARA LA JUVENTUD. " " " "**

Por episodios sueltos: 30 céntimos ejemplar. — Colección: 10 pesetas.

Pedidos a Editorial Guerri, colectivizada. — Valencia

La semana literaria popular

II EPOCA
N.º 5

REVISTA ILUSTRADA — — APARECE LOS SÁBADOS
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
AVENIDA DE JACINTO BENAVENTE, 20. — VALENCIA

10 ABRIL
1937

El fascismo italiano, juzgado por Mario Mariani

El rumor de que el famoso escritor Mario Mariani iba a ser víctima de un atentado a consecuencia de la publicación de su último libro "L'equilibrio degli egoismi", en el que termina diciendo: "El fascismo es la mayor vergüenza de Italia", me indujo a visitarle en su propia casa.

Llamé a la puerta de un tercer piso, de amplio rellano lóbrego, y a los pocos momentos, un hombre de esbelto continente, joven, preguntaba en la penumbra:

—¿Qué desea?

—Deseaba visitar al señor Mario Mariani.

—Soy yo.

Entré. Sobre una gran mesa que ocupaba el centro de una vasta habitación, vi un revólver Smith. Mario Mariani sabe que las pistolas automáticas suelen funcionar mal y no son muy seguras. Para cortas distancias el Smith es suficiente y no fallan sus tiros.

Al exponerle el carácter de mi visita, dijo:

—El fascismo no contiene ninguna idea, ninguna ideología. Es un fenómeno de defensa de la burguesía, la cual ha contratado a toda la delincuencia italiana para defenderse de la revolución. El empresario es Mussolini.

"Entre los pocos burgueses que pagan—continuó—el fascismo ha reclutado a todos sus gregarios en el barabbismo, en Torino; en el seppismo, en Milano; en el bullismo, en Bolonia; en el magnacismo, en Roma; en la camorra, en Nápoles; en la maffia, en Sicilia. La idea de formar una extensa organización de la gente de mal vivir italiana y hacer de ella un partido, no podía ocurrírsele más que a Mussolini, un alfabeto sin escrúpulos, megalómano y alocado. Es, sin embargo, una idea peligrosa. Y la monarquía, que encontró cómodo servirse de su actuación, hoy no sabe qué hacer para librarse de él y de sus secuaces.

Al hacerle observar que Musso-

lini había triunfado por la fuerza de sus ideas, respondió contrariado:

—Mussolini no ha tenido jamás idealidad. Es un especulador cínico de la política y un descarado falseador. Mussolini entró en el socialismo para arrastrarlo en el “impasse” del neutralismo. Después, persuadió a Filipo Naldi y al cónsul francés, en Milano, Loucheur, para fundar el periódico intervencionista: “Il popolo d'Italia”. Esto jamás ha osado desmentirlo Mussolini. Este hombre, en los primeros meses de su asalto al Poder, hizo asesinar a 3.000 trabajadores, desterró a 120.000, e hizo apalear y herir a más de 10.000. Toda la burguesía italiana fué su cómplice.

“El fascismo—añadió—, fué creado al calor de las circulares de Giolitti, con las cuales se ponía a disposición del fascio la prefectura, la questura, la guardia de seguridad y los carabinieri, y fué sostenida durante dos años por el senador Albertini, director del “Corriere della Sera”. El problema del pueblo italiano exige soluciones más rápidas que todos los problemas que pueden suscitarse en vuestro país. El pueblo italiano tiene más de 125 habitantes por kilómetro cuadrado, demasiados habitantes, porque Italia no tiene carbón ni hierro, y tiene poca tierra cultivable por la vasta zona montañosa de los Alpes y de los Apeninos. Su política, pues, debe ser una política de paz, de recogimiento, de trabajo intenso, y de buscar forzosamente una salida a la emigración. Carecemos en absoluto de hombres pensadores y de políticos. El bajísimo nivel cultural del pueblo les hace fácil a entusiasmarse por las charlas de los demagogos deshones-

tos. De otro modo no se comprende el fenómeno Mussolini. Esto no puede durar mucho tiempo, que si durara, Mussolini tendrá que comparecer ante los tribunales de justicia. Si ello no ocurriera, si una debida incisión en el bubón fascista no se practicara en corto plazo, para que el país resane moralmente y pueda dedicarse a la reconstrucción pacífica de la Europa arruinada por la Gran Guerra, podréis decir que el pueblo italiano ha perdido toda su sensibilidad moral. Y si este pueblo pierde su sensibilidad moral, tal cual hoy la sentimos en nuestra sociedad, preparaos desde España a contemplar la más horrorosa convulsión que habrán visto los ojos de la Historia. Mussolini, inepto y loco, golpeará el fulminante de las pasiones contenidas. Y entonces oiréis hablar de Italia, de una Italia desconocida, en la que se descubrirá una ferocidad más inteligente que las que estáis acostumbrados a apreciar en semejantes casos.

LIBERTO

Nota.—Mario Mariani, después de estas declaraciones, fué expulsado de Italia y se marchó a Francia. Luego, se trasladó a Bélgica, de donde le expulsaron también, y se marchó al Brasil.

En esta ciudad acudió a un mitin fascista. Interrumpió a uno de sus oradores, y gran parte del público arremetió contra él. Mariani tuvo que defenderse. Hirió o mató a dos fascistas, y fué detenido. Luego, se le dejó en libertad provisional.

Hasta aquí las referencias facilitadas por un italiano antifascista que milita en nuestro frente.

La casualidad ríe...

Al verle marchar dentro de la elegancia de sus trajes vernaes, tan orondo, con sus cabellos rubios fuertemente ensortijados bajo el ala del sombrero, en la solapa un clável blanco, como sus polainas, y en las enguantadas manos un ligerísimo bambú, nadie hubiera creído que don Adolfo rondaba ya los sesenta años.

Pero aunque, efectivamente, hubiese pasado sesenta veces por el aniversario de su nacimiento, el director de la poderosa fábrica de porcelana "Martínez, Suárez y Compañía" no tenía más de cinco lustros. Esto exige una leve explicación. Los padres de don Adolfo siempre habían tratado a su unigénito con una severidad genuinamente española. Cuando le hablaban de esto al señor Martínez se le ensombrecía el rostro, y declaraba no haber visto sonreír nunca a sus progenitores. Cohibido, acobardado por tanto rigor, el muchacho se acostumbró al silencio, y cuando quería ir de una habitación a otra lo hacía de puntillas. A los nueve años le internaron

en un colegio, donde cursó el Bachillerato, siempre dócil y receloso, bajo las miradas de sus maestros. Al salir de allí, su familia le buscó un ayo, una especie de carcelero que le acompañaba a la Escuela de Comercio y se instalaba a su lado en las aulas. A los veinte años terminó su carrera de perito mercantil, y poco después sus padres le casaban con una muchacha rica, mimada y despótica, que acabó por hacer de su marido un pelele. Adolfo la obedecía sin esfuerzo, sin dolor; obedecer era para él una alegría, una comodidad que le evitaba responsabilidades.

A los cincuenta años enviudó; sus padres también habían muerto, y don Adolfo, de repente, se encontró solo. Las primeras semanas estuvo triste; nadie le regañaba, nadie le daba órdenes, y se asombraba de que las criadas le preguntasen lo que debían hacer. Luego aquella melancolía, hartó imprecisa, comenzó a transformarse en estupor alegre. Dentro de su pobre alma entumecida por medio siglo de esclavitud, otra alma, la suya, su verdadera alma,

ientamente se rebullía. Poco a poco don Adolfo "se encontraba", se acercaba a sí mismo, y estos descubrimientos de su autoinspección le producían sorpresas inefables. Su voluntad se robustecía; era como un músculo que cautelosamente recobraba su elasticidad. Una mañana, al levantarse, se atrevió a decretar lo siguiente:

"Hoy almorzarás en el restaurante."

Y al volver a su hogar se maravilló de que las criadas pareciesen contentas y de que no hubiese sucedido nada.

Otro día se dijo:

"Esta noche no dormirás en tu casa."

¡Y tampoco sucedió nada!

Don Adolfo estaba atónito. Así, reflexionando en todo esto, llegó a convencerse de que nunca había sido niño ni joven. ¡Se cercioró de que "no había vivido"!... Sin advertirlo el infeliz, hizo con su vida lo que el viajero que compra un par de zapatos y los olvida en un baúl: que después de darle la vuelta al mundo, los zapatos todavía permanecerán intactos. Esto le sucedió a don Adolfo, que a los cincuenta años reconocía que su corazón aun estaba "por estrenar". Aclarado este punto, a nadie le extrañará el esmero con que se acicalaba, ni la agilidad moceril de sus pies, ni el brillo de sus ojos, ni menos aún las inquietudes sentimentales que a diario le alborotaban

el alma. Circunstancias todas muy propias de una vida que únicamente contaba diez años de uso.

No satisfecho con haberse "encontrado", don Adolfo "desdobló" su personalidad. Dentro de él aparecieron dos individuos: el "yo" laborioso y callado, el "yo" antiguo, director de la fábrica de porcelanas "Martínez, Suárez y Compañía", y el "yo" moderno, festivo y galán. Para el primero tenía un domicilio, el que pudiéramos llamar "oficial", establecido en la misma fábrica, y para recreo del segundo buscó, en la paz de un barrio aristocrático, un pisito entresuelo. Este era su hogar de viudo, el alegre: allí tenía sus trajes claros y de deporte, sus sombreros flexibles, sus chalecos "fantasía", sus perfumes más fuertes, sus corbatas más primaverales... En el otro hogar quedaba su Pasado, de formalidad y de obediencia: los trágicos libros del "debe" y del "haber", las levitas graves, los sombreros de copa, los retratos familiares, en cuyas miradas todavía palpitaba una orden...

* * *

Aquella mañana de junio, don Adolfo, desocupado y feliz, iba en busca de "un ciento" de tarjetas que se había encargado con las señas de su escondite de hombre libre. Caminaba despacio, pensaba ofrecerse un buen almuerzo, y al ver su imagen

reflejada en el cristal de los escaparates, se enorgulleció del elegante aplomo de su pantalón. El ambiente tibio olía a flores, y sobre la amplitud de la calle la luz solar se descomponía en una maravillosa evaporación de color naranja...

Pasó una mujer... Buena moza, elegante, con largos ojos sobrecargados de violeta, que don Adolfo recordaba haber visto en algún *super-tango*. A la mirada alegre, casi invitadora, del señor Martínez, ella correspondió con otra muy significativa, muy dulce, de cuya expresión no era posible dudar. Como caminaban en igual dirección y con idéntico paso ocioso, sus ojos volvieron a tropezarse varias veces. Hasta cambiaron una sonrisa imperceptible...

En tal momento enfrentaban la tienda de objetos de escritorio adonde el señor Martínez se dirigía, y éste irrumpió en ella con fueros de hombre que tiene mucho que hacer.

—¿Y mis tarjetas?—exclamó casi desde la puerta.

El dueño del establecimiento cogió una cajita de la mesa en que se alineaban los "encargos" y, diligentemente, se acercó:

—Lleve usted prisa, ¿verdad?

—Sí—repuso don Adolfo abanicándose con el sombrero—. No puedo entretenerme; ya se las pagaré otro día; démelas...

Y escapó, temiendo extraviar la pista de la joven de las ojeras violeta. Al verla, pocos metros más allá,

absorta ante el escaparate de una sombrerería, su ánimo, instantáneamente, se llenó de serenidad. Don Adolfo tenía un plan: había deslizado la cajita de las tarjetas en un bolsillo de su americana y, al tacto, la destapó y extrajo de ella una cartulina. Entretanto, con aire descuidado, sin mirar ni una vez a la gentil perseguida, se acercó a ella. Los sombreros parecían embeber toda su atención. Ella, sí, le inspeccionaba, aunque de reojo. En seguida apreció el mérito de sus sortijas, y como era supersticiosa le impresionó agradablemente la herradura de perlas que exornaba la corbata de don Adolfo.

—Es usted encantadora—murmuró.

Esperó unos segundos, y como la respuesta no llegase, prosiguió: —Usted, con su amistad, me haría feliz. Yo vivo solo. ¿Quiere usted honrar mi casa? No se aburriría usted; Poseo una colección interesantísima de porcelanas...

Ella contestó en voz baja y sin cesar de mirar los sombreros:

—Dígame cuándo me espera.

—Mañana.

—¿A qué hora?

—A las tres de la tarde. La hora mejor para apreciar la delicadeza de las porcelanas; cuando hay más luz.

—Conformes.

—Entonces..., hasta mañana. Tome mi tarjeta...

Apartáronse el uno del otro sin mirarse; pero él, después, volvió la cabeza cuando ella subía a un auto-

móvil, el tiempo justo para apreciar la brevedad de un pie lindísimo, la gracia fina de una pierna vestida de seda, la ondulación de un cuerpo ágil, medio escondido bajo un gran sombrero... Fué una imagen rápida, exótica, que, al desvanecerse, dejó en la calle "un temblor" de París...

Don Adolfo se encaminó hacia un restaurante de lujo, donde almorzó perfectamente. Su estómago funcionaba bien, y aquel digerir venturoso le empurpuraba las mejillas y las ideas. Jamás se había sentido tan libre, tan joven... Después de beber el café encendió un habano. Todavía no era hora de ir a la oficina. ¿Qué hacer?... Maquinalmente abrió la cajita de las tarjetas y cambió de color; un terrible frío le traspasó el cuerpo; sus pulsos cesaron de latir. El impresor se había equivocado: las tarjetas pertenecían al popular Pepe Rasin, conde de San Chirrián...

Pronto el estupor de don Adolfo mudóse en cólera. Enfierecido, a punto estuvo de apuñarse el rostro.

—¡Soy un imbécil!—rugía—. ¡Un perfecto imbécil!... ¿Por qué al tomar las tarjetas no las miré?...

Experimentaba una humillación tremenda; sus mejillas habían vuelto a encenderse, pero esta vez de rubor. Estaba avergonzado y furioso contra la Casualidad, la ilustre bufona que así, despiadadamente, se movía de él. Su derrota le abrumaba: él conocía bien a San Chirrián: gordo, alegre, solterón y rico; dueño, se-

guramente, de alguna otra "colección de porcelanas".

En su desesperación comenzó a arrancarse los pelos de la nariz. De súbito comprendió que el daño no era irreparable.

—Con ir a casa de San Chirrián antes de las tres de la tarde y esperar a que "ella" llegue, el mal quedaba evitado.

Esta idea no solamente le serenó, sino que le mejoró el humor, pensando en que más tarde le referiría al conde por qué extraño azar el Amor fué a visitarle y cómo él lo apartó de su puerta.

Al otro día, minutos antes de las tres, don Adolfo descendía de un automóvil frente al zaguán del conde. El portero, que le conocía, acudió a saludarle.

—¿Está San Chirrián?

—No, señor. El señor conde ha salido.

El corazón de don Adolfo se encogió y dilató de alegría varias veces.

—¿Se ha marchado, quizá, en compañía de una señorita rubia..., elegante..., con unas ojeras de color violeta?...

Aunque viejo y dueño, por obra misma de su oficio, de sus emociones, el portero se desconcertó. Sus labios sinuosos, humildes, ensayaron una sonrisa. Era evidente que mentía.

—No sé—balbuceó—. No he visto a nadie...

De nuevo don Adolfo se adivinó burlado, y quiso acabar de una vez con aquella duda que le mordía.

—Toma—ordenó poniendo en manos del portero un billete de cincuenta pesetas—, y dime la verdad, que nada malo ha de sucederte. ¿Está San Chirrián?

Vencido, el criado habló:

—Sí, señor. Yo no hago más que repetir las órdenes que recibo. Compréndalo... El señor conde está arriba, y la señorita por quien usted pregunta, también; vino hace más de una hora.

—¡Una hora!... ¡No es posible!

—Sí, señor.

—¡Pero si aun no han dado las tres!

—Son las cuatro y cinco, con permiso del señor...

Don Adolfo echó mano a su reloj; precipitadamente se lo llevó al oído..., y se convenció de que estaba parado. ¿Qué fatalidad era aquélla? El portero concluyó:

—Yo creo que el señor conde no saldrá en toda la tarde; pero si el señor necesita hablar con él puede llamarle por teléfono... Aunque probablemente el señor conde no contestará... ¡Esta es mi opinión!...

EDUARDO ZAMACOIS



¡DICHOSO CHAMPAGNE!

POR
MARIO MARIANI



PERSONAJES:

Armando Venturi. Abogado. La marquesa Faldella. Juan, criado.

ESCENA I

(Salón que sirve al mismo tiempo de cuarto de trabajo. Mobiliario de cierta elegancia. Estanterías con libros; mesa de escribir, un diván, una mesita con servicio de té. Alrededor de ésta, sillas. Un piano vertical, pero Bechstein. Puertas a la izquierda y en el centro).

ARMANDO—(*Entra por la puerta lateral. Va en pijama. Tiene el rostro descompuesto y pálido. De vez en cuando se pasa las manos por los ojos, restregándose los. Hace gestos de disgusto*): ¡Dichoso champaña! ¡Pensar que es

la primera vez que me sucede!... Y no soy ningún muchacho. Pero debe de haber sido una buena borrachera. Es raro; pero no me resulta nada alegre. Anoche... Anoche... Ya: anoche me parece que estaba alegre; pero, ¡lo que es hoy!... Tengo la garganta seca y mal gusto en la boca; un gato me araña el estómago; mi cabeza parece que esté oyendo varias baterías de artilleros que galopasen sobre el empedrado. Hay, no obstante, en el estuche de mis sesos, intervalos de silencio, de vacío. Pero luego nacen del vacío silbidos agudos, como si la gente de la entrada general se indignara... Pero todo eso, al fin y a la postre, son molestias soportables. Lo que temo es...

¿Qué sucedería ayer? ¡He ahí el problema! Y es un problema grave, muy grave, de una excepcional gravedad. (*Con los dedos cuenta las tres preguntas siguientes*): ¿Qué hora era? ¿Qué he hecho? ¿Qué he dicho? (*Con desconsuelo*): ¡Nada!... Oscuridad. Misterio.

"Recapitulemos. Las nueve. Me visto, ceno con Molteni en el Cova y me voy al Club. A las once y media, Molteni me lleva a casa de Lisbano. Perfectamente. La Giglietti me está rondando; pero yo me veo y me deseo toda la noche por la Marelli que, por su parte, suspira por un oficial de caballería, que tiene largos bigotazos: el cual oficial, a su vez, no se da cuenta, sino que discute de "bacarrat" con el señor Ramoni, el de la martingala que nunca falla en Montecarlo. Es la frecuente cadena de pequeñas desventuras. Hasta ahora no pasa nada malo. Recuerdo también que bebí champaña. ¡Y mucho! De las dos primeras clases. Recuerdo también los nombres: Moët et Chandon y Munun... No cabe duda. Pero, ¿y la tercera? Quien se empeñaba en hacerme beber era la Farandi. ¡Permita Dios que...! Al fin y al cabo, caprichos de la vieja indecente. No hay cosa peor. La responsabilidad es suya. (*A sí mismo*): ¡Imbécil! ¿Qué te importa establecer la responsabilidad?...

"Pero hasta aquí no hay nada malo. ¡Perfectamente! ¿Y luego? "That is the question". Los salones se vacían. En guardarropía encuentro a la Faldella. Le ayudo a ponerse la capa. Está sola, porque ha tenido demasiados ca-

balleros para guardar uno hasta lo último. "Lléveme al coche, Venturi. Si no le molesta, suba conmigo. Acompáñeme."
Y ahí cae el telón.

El telón se vuelve a levantar esta mañana en mi habitación, sobre la cama... Un solo zapato; la chistera aplastada sobre la almohada; la luz eléctrica todavía encendida, lucha como una pobre luciérnaga contra el sol...

En el intermedio, nada. Es decir, sí: recuerdo confusamente la Montaña Rusa o la ola larga, como dicen los marineros del Atlántico. La cama se levantaba más y más, hasta llegar al cielo, hasta más allá del cielo... Luego, ¡pataplum! se desplomaba por los abismos hasta los antípodos con una rapidez furiosa y obsesionante. Yo sufría mareos y vómitos en el estómago. Recuerdo que apretaba tenazmente la cabeza sobre la almohada para tenerla segura. Pero de nada servía eso. Se levantaba la almohada, la cama, la habitación, la casa, todo. ¡Excelsior! Pero el problema no está ahí. Aunque dormía con chistera, frac y una zapatilla de baile, estaba en mi cama, en mi habitación, y nadie me veía. Todo era perfectamente correcto, ya que la corrección consiste en cometer inconsciencias cuando uno está solo o a lo más con otro. Bueno.

Lo que me preocupa es otra cosa: ¿Qué ha pasado entre las dos incógnitas—X e Y—que representan la hora en que subí al coche de la Faldella y la hora en que he venido a casa? Ese es el busilis. ¿Habré mantenido el *statu quo*? ¿Habrà habido compli-

caciones? ¡Vaya usted a saber! Y es una lástima, porque yo soy una persona seria... Además de aspirar a la mano de una señorita de la sociedad de la lucha contra el alcoholismo. Quisiera ver qué hacía cualquiera en mi lugar. *(Reflexiona un momento)*. Ya lo sé: caerse en seguida.

JUAN.—*(Entra llevando la bandeja de café. La deja sobre la mesa)*: Los huevos pasados por agua deben estar en su punto esta ma-

JUAN.—No... Quería decir que cuando uno tiene opresión en la cabeza, también siente pesadez en el estómago. Hay una estrecha relación.

ARMANDO.—¡Juan! ¿Me has oído entrar esta noche o esta mañana?...

JUAN.—Sí, señorito.

ARMANDO.—Entonces comprendo que sepas por qué siento pesadez en el estómago. Me has visto. ¿Qué hora era?



ñana. Han estado dos minutos y medio cociéndose.

ARMANDO.—Oye, Juan... ¿Hay agua de Tamerici en casa?

JUAN.—Sí, señor; pero...

ARMANDO.—Es que en vez de tomarme los huevos y el café, quisiera purgarme. No me encuentro nada bien. Tengo opresión en la cabeza; me siento pesadez en el estómago...

JUAN.—Se comprende.

ARMANDO.—¿Cómo? ¿Se comprende?

JUAN.—Las tres y media, señorito.

ARMANDO.—¿Cómo me encontraba?

JUAN.—¡Hum! No del todo bien. No sé cómo decírselo...

ARMANDO.—Pues dílo.

JUAN.—Es que no puedo faltarle al respeto.

ARMANDO.—Fáltame.

JUAN.—Estaba el señorito un poco más que alegre.

ARMANDO.—¿Borracho?

JUAN.—Ya que usted lo dice...

ARMANDO.—¿Borracho perdido?

JUAN.—Lo que usted quiera... Yo no me opongo.

ARMANDO.—¿Hablaba?

JUAN.—Sí.

ARMANDO.—¿De qué?

JUAN.—No sé; pero no creo que de cosas muy importantes.

ARMANDO.—¿He venido en coche? ¿Me ha acompañado alguien?

JUAN.—Creo que sí. Frente al palacio se ha detenido un coche. Yo no me he asomado; pero al verlo he supuesto que no lo habrá traído cualquier coche de alquiler, porque el señorito no se hubiera podido entender con el cochero.

"Tal vez lo haya traído un amigo. Yo me he pasmado de que el señorito pudiese subir sin tropiezos la escalera, encontrar la cerradura y abrir.

ARMANDO.—¡Claro! Hay cosas que no se explican, ¿verdad? Son intervalos lúcidos... De todos modos, eso ya ha pasado. Pero mi embriaguez ha de ser un secreto de Estado entre tú y yo. Una vez al año no está más buscar la verdad. Y el proverbio dice: *In vino veritas*. Ahora hay que remediar los perjuicios del estómago. Trae una botella de Tamerici. Me beberé dos o tres vasos.

JUAN.—(Sale.)

ARMANDO.—(Al quedarse solo se sienta ante la mesa de escribir y continúa el soliloquio. Está preocupado): La cosa está clara. Lo sabemos tres: la marquesa Faldella, Juan — *quantité négligable*—y yo. Quien sabrá mejor lo que ha pasado será ella. De las dos a las tres y media: ese es el tiempo. Pero desde casa de Lisbona a la mía se invierten, cuanto más, yendo en coche, doce mi-

nutos... Así es, que me habrá paseado. ¿Y para qué diablos me habrá llevado hora y media en el coche con ella? ¿Es que no podría descargarme? ¿Es que estaría yo en un estado tan deplorable que...?

"¿Qué habré dicho en esa hora y media? ¿Qué habré hecho? Lo seguro es que me ha llevado a dar una vuelta, y me ha... volteado. Y esta noche lo sabrá todo Milán. La Faldella tiene un modo muy picante de contar ciertas cosas... ¡Dichoso champaña! (Juan vuelve a entrar llevando sobre una bandeja una gran botella precintada de agua de Tamerici. La descorcha mientras Armando continúa reflexionando, al mismo tiempo que pasea por el salón. Juan lleva un vaso para presentárselo a Armando, que lo vacía de un trago. Un segundo vaso tiene el mismo fin.)

ARMANDO.—No cabe duda de que era mejor el champaña de anoche; pero al menos esto no compromete mi reputación. Llévate ahora el café y tráemelo hirviendo de aquí a unos quince minutos..., para ayudar... (Juan va a salir.)

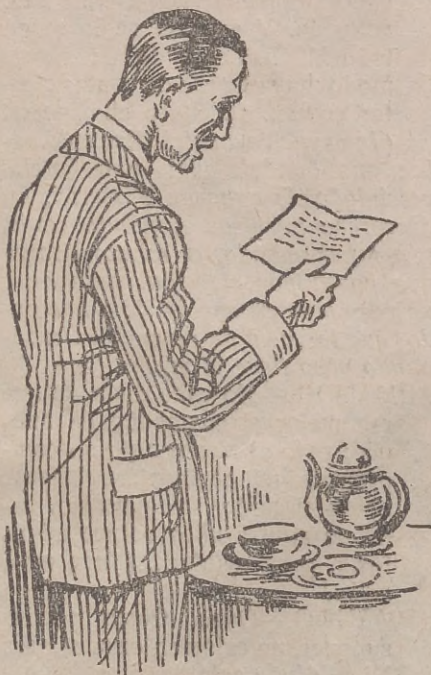
ARMANDO.—Oye... Como puedes suponer, no estoy en casa ni para Dios. (Juan sale.)

ARMANDO.—Y ahora esperemos los acontecimientos. Lo primero es la salud. Luego procuraremos afrontar la situación. (Siéntase y comienza a hojear un libro con aire distraído. Tras los biombos se oye sonar el timbre.) ¿Quién puede ser a estas horas?...

JUAN.—(Aparece en el umbral): Mire, señorito; no se trata de Dios en persona; pero yo no puedo... El caso es que la marquesa

Faldella sostiene que trajo a usted anoche en carruaje, y que sabe que usted no puede estar ya fuera. Dice que para esta hora y aquí tiene una cita con usted y que ha de hablarle de cosas gravísimas... Yo no la he despedido, porque..., anoche el señorito..., uno no sabe... A lo mejor...

ARMANDO.—*(En cuanto ha oído*



el nombre de la Faldella ha quedado como fulminado, y libra una batalla íntima). ¡Toma! Ella... Ya estamos. No me da tan siquiera tiempo para arreglarme el estómago y para reconquistar un poco de *à plomb*... ¿Y cómo me las compongo ahora? ¡Pobre marquesa!... Decididamente tiene desgracia: del champaña al Tamerici. Y yo no puedo exponer-

me a una segunda catástrofe... El agua obra en seguida, y... ¡Oh! Sería el colmo del ridículo. Y, por esta parte, estoy en un callejón sin salida, porque si no la recibo esta noche tendrá de qué reírse toda Milán. Además, yo debo saber... Hay que jugarse la última carta. Un poco de sangre fría. ¡Juan! Esconde la bandeja con la botella, y dile a la marquesa que entre. Mientras tanto voy a ponerme unos pantalones y una chaqueta; no puedo recibirla en pijama. *(Sale por la izquierda. Juan esconde la bandeja en un estante. Luego sale por la puerta central.)*

ESCENA II

Dichos y la marquesa FALDELLA

(Juan abre los batientes de la puerta central, inclinándose al mismo tiempo. La Faldella entra. Es mujer de unos treinta años, esbelta, rubia, nerviosa. Tiene el aspecto de una mujer sobremedida excitada.)

JUAN.—Siéntese. El señorito vendrá en seguida. *(Sale.)*

LA MARQUESA.—*(Al quedarse sola pónese a pasear arriba y abajo, como un tigre en una jaula. Tiene accesos de rabia repentina, durante los cuales muerde ligeramente un guante blanco que se ha quitado. Se sienta; se levanta; vuelve a pasear).* ¡Oh, los hombres!... Pero esto es el colmo... Aunque, si bien se mira, él tiene razón, porque no me ha prometido nada... ¿Y yo?... He caído como una educanda o como una cocotte... Los extremos se tocan. Y estoy segura de que él consi-

dera la cosa como un episodio, como un incidente cualquiera, al que se puede dejar sin continuación, al que no se quiere dar continuación. De otra manera, no se explicaría que haga decir que no se encuentra en casa...

MANDO.—(*Entra por la puerta lateral. Procura adoptar un aire extraordinariamente desenvuelto*): Marquesa... Nunca podía figurarme... Usted a estas horas; usted... No sé a qué debo el honor... En qué puedo... Le suplico que se siente. Temo que...

LA MARQUESA.—(*Lo mira de la cabeza a los pies, y de los pies a la cabeza, con una mirada tan fría y cortante, que Armando se interrumpe, embarazado*): ¡Oh! No tema nada... Yo, la verdad, estoy sorprendida de que tenga usted tan poca memoria; pero soy demasiado orgullosa para ofenderme por una tontería más o menos. Claro está que por parte suya es una vulgaridad de la que nunca le hubiera creído capaz. Pero los hombres...

ARMANDO. — (*Tranquilamente*): Perdóneme, marquesa; pero yo no era dueño de mí.

LA MARQUESA.—Desgraciadamente tampoco lo era yo; pero ya le he perdonado cuanto ocurrió anoche. No le guardaba rencor. Es más: si le he de ser franca, estaba más halagada que ofendida; pero después de haberme dicho usted que viniera aquí, me creía, cuando menos, con derecho a ser recibida...

ARMANDO.—¿Yo le dije que viniera?... Perdone; pero no me lo explico... (*Mientras habla hace esfuerzos enormes para contenerse;*

pero los efectos del Tamerici son más fuertes que él.)

LA MARQUESA.—Tampoco yo me lo explico. Pero la debilidad femenina no tiene fin, como tampoco lo tiene la cobardía de los hombres. Y eso lo explica todo. Además, no he venido aquí para deshacerme en recriminaciones. Habrá sido un episodio.

ARMANDO.—(*Retorciéndose*): Pero yo no comprendo nada, marquesa...

LA MARQUESA.—Porque no quiere comprender. No puedo hablar más claramente de lo que hablo. Y su frialdad me dice los fines de usted con mayor claridad que yo hablo...

ARMANDO.—(*Procura dominar sus atroces dolores*): Me encuentro, marquesa, en un laberinto... Y, además, estoy sobre ascuas... No le puedo dar a usted una idea de mi situación; pero bajo palabra de honor le aseguro que cuanto me está diciendo es como si me lo dijera en chino. Y para evitar ulteriores equívocos, le confieso francamente que anoche yo estaba..., estaba borracho.

LA MARQUESA.—(*Estalla en una carcajada estridente y convulsiva*): ¡Borracho!... ¡Bonita excusa! ¿No se le ha ocurrido nada mejor? De todas maneras, no tiene necesidad de excusarse...

ARMANDO.—(*Se halla en el paroxismo del sufrimiento*): Entonces, marquesa, prescinda de mis excusas... Tengo absoluta necesidad de retirarme... Me corre un sudor frío... Aunque me crea un miserable, no hay más remedio. (*Sale escapado por la puerta de la izquierda.*)

LA MARQUESA.—¡Aunque le crea

un miserable!... Lo es. Y, además, parece un miserable que se haya vuelto loco. ¡Haberme rebajado hasta un hombre semejante! ¡Qué vergüenza, Dios mío! (*Sale por la puerta central.*)

Cae el telón.

LA CARTA

(*Dos meses después. El mismo salón. Armando Venturi va en pijama. Es por la mañana. Juan entra llevando la bandeja de café y dos o tres cartas. Luego de dejarlo silenciosamente, sale.*)

ARMANDO.—(*Escoge la más elegante de las cartas*): Sobre azul... Corona nobiliaria... Lacre de oro... Veamos. (*Mira la firma en seguida*). ¡Anita Faldella!... ¿Qué diablos querrá? Desde la mañana del Tamerici no he sabido más de ella. ¿Se explicará, al cabo de dos meses, el misterio de mi única borrachera?... (*Lee*): “Dispense si le recuerdo nuestra desagradable aventura de hace dos meses. Me trató como a una cualquiera a la que se sube en un coche... (*Se interrumpe para re-*

petir: “¿A la que se sube?” ¡Qué enorme! *Luego continúa la lectura, yendo de sorpresa en sorpresa.*) A la que se sube en un coche y de la cual, a la mañana siguiente, molesta hasta el recuerdo. No me quejé; pero esta carta será mi venganza, porque no le creo tan cínico que la lea con indiferencia. Tiene usted un hijo. Y es precisamente de usted, porque, desde la muerte de mi esposo, no he tenido ningún amante ocasional o duradero. Comprenderá usted que yo no podría confesar nunca a mi hijo la causa de su nacimiento, por lo cual he decidido que jamás sepa quién es su madre ni quién es su padre. Así le castigo a usted. Cuando reciba esta carta habré salido en dirección desconocida para no pasear por Milán el escándalo de mi interesante estado.—*Anita Faldella.*” (*Deja caer la carta*): ¡Pobre de mi único hijo! Engendrado sin saberlo a causa de una copa de champaña, lo perdí sin saberlo por culpa de un vaso de Tamerici. Estaba escrito. Amén. Pero la vida es chocante.

(*Cae el telón.*)



¡Madrid, amado Madrid!

¡Madrid, amado Madrid,
yunque de la libertad,
bello corazón del mundo,
faro de la Humanidad!

—
Sobre tus ruinas se forja
la dicha de los humanos,
que, cansados de sufrir,
¡quieren vivir como hermanos!

—
Eres reducto de España,
y tu heroísmo es crisol,
que depura nuestro ser
como los rayos del sol.

—
¡Es tu mejor monumento
el Cuartel de la Montaña,
donde, en empeñada lid,
halló su espíritu España!

¡El espíritu del pueblo
honrado y trabajador,
al que quería aplastar
la maza del opresor!

—
Tus dolores y martirios
nos dicen que eres, Madrid,
¡el principio de una era
más humana y más feliz!

—
Con espíritu abnegado,
con honor y valentía
contiene a las falanges
de la odiosa tiranía.

—
Y eres cual titán ingente
que se enfrenta contra el mal,
para salvar del peligro
al más sublime ideal.

Tú destellas sobre el mundo
el ideal del amor,
que defiende, ilusionado,
el pueblo trabajador.

¡Vencerás al enemigo
que te quiere dominar,
y serás de todo el orbe
el glorioso luminar

Porque en la paz eres dócil,
jaranero y reidor...,
han pensado que en la guerra
carecerías de ardor.

¡Demostrado está el empuje
que en tu corazón anida!
¡Al corcel de tu coraje
no hay quien le ponga brida!

Las furias de los traidores
ante ti se estrellarán;
¡junto a tus puertas, sus tumbas
los tiranos hallarán!

El invasor es cobarde,
aunque valiente se crea;
y, por mucho que se empeñe,
sucumbirá en la pelea

Tendrá armamento moderno;
pero tiene el corazón
de pedernal y cemento,
y más negro que el carbón.

Es la ambición quien le guía,
es la egoísta pasión;
es la odiosa tiranía
el alma de su pendón.

¡Y ha llegado el instante
de que el Bien sofoque el Mal!
¡Vencerás, Madrid glorioso,
porque tu pendón radioso
representa el ideal!

Julio Menéndez García



DICCIONARIO DEL AMOR

ADONIS

Era tan guapo este personaje de la Mitología griega, que ha quedado su nombre como tipo de belleza afeminada. Pero aparte de esto, tuvo Adonis la mar de suerte, como que fué amado nada menos que por Venus, y este amor le costó la vida, pues fué muerto por un jabalí en una cacería; jabalí que "llevaba dentro" un dios celoso: ¡Apolo!

Venus quiso entrañablemente al joven Adonis, de tal manera, que obtuvo de Júpiter que lo dejara a su lado seis meses en el Olimpo, que es donde se alojaba la diosa Venus.

Adonis tuvo también amores con Proserpina, esposa de Plutón, dios de los infiernos, con lo que el remonísimo Adonis había resuelto el problema de la calefacción en invierno y del fresco en verano, pues en el Olimpo se disfrutaba en el estío de una deliciosa temperatura, según aseguran los periodistas de aquellos tiempos.

Por más que algunos dicen que esto no deja de ser una alegoría de las dos estaciones extremas del año.

En nuestros tiempos, muy poco mitológicos, Adonis, hay muchos que se tie-

nen por tales, y usan y abusan de sus dones naturales, "castigando" al bello sexo.

Pero en esto las mujeres no siguen la regla fija, ¡también los feos les gustan a las mujeres bonitas!



AFEITES

Cuando la mujer ha perdido la primera flor de su juventud, cuando la frescura de su tez pasó a las traidoras arru-

gas, cuando ya no puede resistir a plena luz los rayos del sol o de las lámparas eléctricas, la comparación ventajosa con la belleza de otras mujeres, entonces es cuando recurre a los afeites, que de momento dan la ilusión de la perdida hermosura, de la blancura inmaculada y de las rosas de las mejillas que sólo florecen en la primavera de la vida.

Los afeites son para la piel lo que los afrodisíacos para el cuerpo: pueden, de momento, dar la ilusión de un tiempo mejor; pero al breve rato y mirados de cerca, inspiran lástima y náuseas, y no consiguen jamás el objeto que se proponen.

La mujer verdaderamente hermosa desdén los afeites.

ALMA

Si vale decir la verdad, poco es lo que interviene el alma en achaques de pasiones amorosas. Es el amor por esencia una sensación, o si se quiere, un sentimiento puramente físico.

Así como el átomo atrae al átomo, la molécula a la molécula, los astros a sus planetas, las constelaciones conocidas a los soles, así también el instinto del sexo hace que los hombres se acerquen a las mujeres, y que, a pesar de su pudor, las mujeres traten de aproximarse a los hombres.

El alma interviene en las lides amorosas y representa el mismo papel que los polvos de harina para envolver las sustancias activas que encierran las píldoras y hacerlas tragar sin gran detrimento de los nervios gustatorios.

Cuando el amor, desde su categoría de pasión ardiente, de violento deseo, ha pasado a ser poco menos que una costumbre; cuando el cariño ha sustituido a las vehemencias del primer ímpetu amoroso, entonces es cuando el "alma" entra algunas veces en escena y recoge, por decirlo así, las pavesas que la pasión ha dejado, después de incendiar con su llama abrasadora a dos cuerpos.

No hay quien escriba amor, sin embargo, sin citar mil y mil veces el alma; no hay poeta que no cante las ansias amorosas del espíritu, cuando en realidad, de verdad, lo que produce el amor es una sensación puramente nerviosa, glandular y sanguínea.

Las turgencias que el amor provoca no se deben al alma, sino a un aflujo excesivo de sangre al tejido cavernoso, y hace que el macho y la hembra puedan juntarse en abrazo carnal, anulando en absoluto el imperio del alma durante breves momentos.

Cuando al leer en un libro la descripción de una escena amorosa, advirtáis que el escritor cita con complacencia el papel que en tal escena representa el alma, desconfiad de la verdad del libro y de la realidad de la escena.

El "alma" se guarda en todas ocasiones para más altos fines, para concepciones más grandes, para afectos más puros, y aun cuando, como dice Spir, no sea sino la quintaesencia de la materia, la verdad es que en los asuntos de amor para nada interviene, y que es una verdadera profanación decir que es la que regula las relaciones sexuales entre dos cuerpos que tienden a juntarse, movidos por la fuerza universal que regula desde las relaciones entre los astros, hasta la relación íntima de igual naturaleza que preside a las relaciones de los átomos, que nuestra imperfecta vista no puede descubrir ni con ayuda del microscopio.

AMOR

Las definiciones de esa íntima emoción que llamamos amor, dice la ilustre escritora Conchita Montenegro, se cuentan por millares; tanto filósofos, poetas, hombres de ciencia, sabios, como "pobres de espíritu", se han esforzado en definirle a través de los siglos. Pero el amor no es susceptible de una definición general; se resiste al análisis y a la clasificación, y ocurre así, que cada criatura define el amor según su manera de sentir.

El amor, es lo que cada hombre o cada mujer hace de él, y deriva su fuerza de intensidad emotiva del sujeto. Para unos, el amor lo es todo, consagran a él su vida entera; y, por consiguiente, el amor los guía e ilumina, colmando su vida de emociones.

Otros, en cambio, sin comprender su valor, lo consideran como una fascinación pasajera, una aventura más o menos atractiva. El amor que éstos conocen, no es el amor verdadero, sino más bien un espectro disfrazado con este nombre.

Dicen que el amor es una emoción

fundamental; pero yo creo que es más que eso. Para mí, el verdadero amor es una mezcla de muchos sentimientos y comprende todas las emociones humanas; pero está basado en la amistad, ¡y amistad quiere decir tanto!...: Comprensión, afecto, respeto. Nada hay más hermoso que el amor de un hombre y una mujer que envejecieron juntos, pasando a través de la vida unidos, en comunes alegrías y dolores; su vista me resulta más emocionante que la de una joven pareja de enamorados, que tienen frente a sí la vida entera. Aquella pareja de viejos son una prueba viviente de la existencia del verdadero amor.

¡Son tan pocos los que se detienen a pensar en las innumerables fases del amor! Esa es la causa de tantos matrimonios apresuradamente concebidos e inevitablemente desgraciados; y es que hombres y mujeres confunden el amor con la amistad, la fascinación o la comprensión. Y el amor, no es ninguna de esas cosas separadamente: "es el conjunto de todas ellas".

Vivimos en una época en que la vida se mueve rápidamente, destruyendo con cada uno de sus movimientos un viejo concepto de las cosas, haciendo desaparecer muchas tradicionales ilusiones. En el tiempo en que las mujeres estaban destinadas al matrimonio, desde su nacimiento, y eran educadas para el matrimonio exclusivamente, el amor era una fuerza pasiva. Las mujeres exigían menos de él, sacrificándole a su turno una vida con la que, después de todo, no podían hacer nada mejor.

Pero al presente, el campo femenino de acción es amplísimo: las mujeres estudian artes, ciencias, industrias, y el amor ha dejado de ser una necesidad económica para convertirse en una necesidad emotiva. Es, pues, natural, que hoy exijamos del amor una satisfacción que justifique el sacrificio de una vida tan rica en intereses y esperanzas.

No es probable que una mujer pueda dividir su vida entre sus intereses profesionales y su hogar. Pocas tienen la fuerza que se requiere para ello; y aunque algunas han triunfado, tanto en el hogar como en su profesión, no son sino las excepciones de toda regla. El amor requiere la concentración de todas nuestras energías, la consagración de todo nuestro tiempo para desarrollarse y fortalecerse.

El matrimonio es el principio, no el fin del amor, y ningún hombre o mujer deberían casarse antes de haberse asegurado de que están preparados para ello.

Dígame lo que se quiera, la ambición de toda mujer es encontrar y conservar el verdadero amor. No importan cuán afortunada sea en su profesión o en su arte, cuántos éxitos conquiste en el mundo: En el fondo de su corazón, estará siempre vivo el deseo de amor.

Nuestra definición del amor es parte de nuestro propio ser. ¡Dichosos aquellos que encuentran lo que buscan y aprecian lo que encuentran!

Más o menos pronto, la mujer debe amar. ¡Vano empeño el de oponerse a las leyes de la naturaleza! Tomando por fatuo pretexto la decencia, no enseñan los padres a sus hijas nada que pueda servirles de guía en las circunstancias de la vida, y procuran, por el contrario, ocultarles lo que saben o sabrán tarde o temprano. Siendo el destino de la mujer amor, y amar siempre, lo más natural fuera iniciarlas en los misterios del amor, y de esta suerte sabría evitar los peligros y escoger con más acierto el objeto de su amor.

El primer amor es peligroso hasta cierto punto. Siente la mujer—en nuestros climas—, a los quince o dieciséis años, vehementes deseos de amar y ser correspondida, y esta imperiosa necesidad de amar, unida a la poca experiencia que tiene de las cosas, la hace caer fácilmente en el intrincado laberinto de que no siempre sale como entró.

Las jóvenes solteras, repetimos, se enamoran con facilidad, obedeciendo a una ley de la naturaleza. No estará demás que hagamos saber a los jóvenes solteros, adoradores de Cupido, que ese amor es, ordinariamente, algo pasajero, y que a esa edad las mujeres aman "porque sí", como vulgarmente se dice, y más de una vez prescinden del objeto amado.

El hombre afortunado que, por primera vez, ocupa preferente lugar en el corazón de una beldad de quince años, ha de ser en extremo hábil aprovechador de la posición que ocupa, granjeándose el corazón de su amada con procedimientos delicados, sin caer en la cursilería; ha de conservar siempre esa gravedad varonil que tanto agrada a la mujer; pe-

netrará gradualmente en el alma de su amada, sin recurrir a procedimientos atrevidos; comparecerá puntualmente a las citas; vestirá pulcramente, no usará jamás afeites para embellecer su rostro; procurará que la conversación sea agradable, y que recaiga en asuntos que no causen tedio al objeto de su amor.

No debe ocultar su estado y condición, sea cual fuere, pues, ¡ay del desgraciado que tal haga! Llegará día que la elegida de su corazón sea su esposa, y al descubrir alguna ocultación no hallará en sus brazos la felicidad deseada.

Hay también individuos que se casan con una mujer porque es rica, y en vez de solicitar su consentimiento procuran obtenerlo de sus padres. La desgracia de esos traficantes de amor es irremediable. La pasión brotará potente, algún día, del corazón de la esposa, y acaso obtendrá otro las caricias que a ellos les pertenecen.

Es muy peligroso también convertir el amor en pasatiempo y dejarse arrebatar violentamente por una pasión desenfrenada sin conocer la misteriosa embriaguez del amor. La mujer joven desconoce esa embriaguez, y cede más fácilmente a los halagos de una seducción dulce y delicada.

El hombre que aspira a convertir en esposa a la elegida de su corazón, debe, ante todo, inspirarla un amor profundo que le garantice la felicidad. Debe estudiar antes a su novia y convencerse de que le entrega su corazón solamente por amor, sin aturdimiento ni miras egoístas. Generalmente, esto no sucede, pues la mujer, dígame lo que se quiera en contrario, no abriga en su corazón egoísmos ni ambiciones, de los quince a los veinte años de edad.

No olviden los jóvenes estos consejos, pues se expondrían a muy crueles desengaños.

Es más fácil llegar a una conjunción definitiva en el amor, después de un doloroso intervalo, si se aprovecha el período clasificando los sentimientos, o si se quiere, clasificándolos. Son oportunidades que podrían considerarse indispensables para que los enamorados se compenitren, se filtren.

Son muchos los que creen que están enamorados hasta tanto una de estas ocasiones no les demuestran lo contrario.

Siempre hay un puente propicio que aconseja el instinto, y que se debe aprovechar, cuando se ha observado que sigue encendida y viva la llama del amor.

Si el instinto no lo aconseja súbitamente, es inútil pasar el peligroso puente, que sólo sería el camino de su sepulcro.

Y nada hay más triste que la resurrección de un muerto.

Querer encerrar al amor dentro de reglas más o menos corrientes, es lo mismo que querer mirar de frente al Sol, con los pobres ojos humanos.

Por encima de nuestra voluntad, y más allá de nuestro discernimiento, hay influencias puras que arrasan con todo, cuando así conviene a las razones de la naturaleza.

En amor, hasta el absurdo está justificado. Así, pues, no hay que darse a complicadas derivaciones sobre un tema tan misterioso y oscuro como nuestra propia vida. De ahí que, ante la impotencia de descifrar las incógnitas que el amor manifiesta, se establezca que el amor es ciego.

Dice Gozzi que todos tenemos en el cuerpo la misma inconstancia en el amor y en el deseo de amar, casi al mismo tiempo. Sería cosa de reírse si se pudiese penetrar con los ojos en los cerebros humanos, ver cómo se agitan entre el sí y el no sobre las mismas cosas, especialmente en asuntos de amor, cuando el amor no es profundo y definitivo.

No la fuerza, sino la duración—dice Nietzsche—del amor, hace a los hombres superiores en este sentimiento.

Y dice Swift: "En este mundo no hay nada más constante que la inconstancia en el amor."

La constancia en el amor, afirma por su parte Graf, es la virtud por la cual las demás virtudes dan fruto.

Si te sientes amado, agrega Marthelot, no te desalientes para realizar cualquier empresa que afirme tu cariño, pues nada hay en el mundo que lo merezca como conservarlo.

(Continuará.)



(Continuación.)

tarle la cartera a un periodista que hay allí hospedado que se llama Rafael Urbina.

—Dalo por hecho.

—Una vez que tengas la cartera en tu poder, le sacarás todos los billetes que tenga dentro. Hecho esto meterás la misma cantidad en billetes de los nuestros, de aquella edición famosa.

—¿La que me valió unos cuantos meses de cárcel?

—Esa misma.

—Lo siento, Juan. Yo, de esos billetes, no cambio ninguno.

—¿Quién te ha dicho que hayas de hacerlo tú?

—¿Pues quién, entonces?

—Él...

—¡Ah!

Se rascó aquel sujeto la cabeza, como si buscara así nuevas ideas.

—En ese caso, tendré que poner en su sitio la cartera otra vez...

—¡Claro! Después procurarás abrir su baúl, y en cualquier rincón dejarás un buen fajo de la misma emisión.

—Sí... Comprendo... El periodista en cuestión os estorba, ¿no es eso?

—Justo.

—¿Cuánto gano yo en todo eso?

—No pelearemos. ¿Te hacen cinco mil pesetas?

—No es mucho. Pero, desde luego, en moneda legítima.

—Desde luego.

—¿Cuántos días tendré que estar allí?

—Los que sean precisos. Una retirada demasiado rápida acaso inspirara desconfianza.

—Bien... En ese caso, mañana llegaré yo a Segovia.

—Conforme... ¡Ah! Pero no necesito decirte que allí no nos conoceremos para nada.

—¡Claro! ¿Tan tonto crees al "Moreno", que lo concibes dejando huellas a la policía?

—Es una advertencia, hombre.

—Innecesaria.

Los dos compinches se despidieron. El "Moreno", así que vio a Juan desaparecer por entre la avenida de plátanos que ornamentaban la calle, volvió sobre sus pasos y se refugió en un magnífico despacho.

—Se le ha olvidado tomar la liquidación—dijo—. Para que eso suceda, es menester que ese asunto le interese mucho... ¿Qué será?

Capítulo XXII

LA PRIMERA ENTREVISTA

Rafael Urbina permanecía ajeno al drama que aquellos miserables incubaban en la sombra. Para él, no había otra cosa digna de su pensamiento que

no fuese el grato recuerdo de sus padres y el encantador de Leonor.

Llevando estos dos sentires en su alma, se creía feliz. Muchas veces, cuando ya de regreso para acostarse se encontraba solo en su habitación, sacaba de la cartera el retrato que la joven le había entregado. Rafael, al juzgar por la expresión que veía en aquellos rostros, resistía a creer que su padre pudiese ser autor de aquel monstruoso drama de que tanto se hablaba en la ciudad. ¡No! ¡Aquello no podía ser!

Poseedor de esta seguridad, el joven prometía a sí mismo indagar, hacer averiguaciones que lo condujesen al dominio de la verdad. Para ello, estaba dispuesto a todo. Revisaría periódicos de aquella fecha, preguntaría a todos.

Halagado por estos pensamientos llegó, como todos los días, a casa de don Armando.

Lo recibió la joven con su dulce sonrisa, que no le abandonaba ni un solo instante.

—Oye, Leonor—le preguntó en un momento que hicieron un alto en su trabajo—. ¿Qué opinión te merece ese Fernando?

—Buena. ¿Por qué lo dices?

—Curiosidad...

—Ya te lo digo... Es una excelente persona.

—También a mí me lo parece... ¿Crees que haría bien si le confiara mi secreto?

—No es mala idea... Me consta que adoraba a su hermana, que era tu madre...

—Entonces...

—Háblale... Pero te advierto que no te creerá... ¡Nos ha engañado Arturito a todos tan bien!

—No me extrañaría que fuese como tú dices... Ni siquiera me ha encontrado parecido a mi padre...

—No me lo explico, porque tenía tu misma cara.

—Todo el que ha visto ese retrato, ha creído que era yo mismo.

—¿Lo ves?

—Lo que no me explico es cómo Fernando opina de otra manera.

—No se habrá fijado.

—Es igual... El pasado ya no me interesa... Ahora sólo quiero vivir para ti.

—¡Hola, señor enamorado! De eso quiero que hablemos ahora mismo.

—Estoy a tus órdenes.

—Hoy mismo has de pedir mi mano... Mi abuelo conoce ya estas relaciones...

—¿Se lo has dicho tú?

—Lo adivinó él, y yo no quise negar... Quería casarme con Arturito...

—¿Con ese miserable?

—Sí... Mi abuelo no le conoce a fondo y le aprecia... Además, Arturito heredará ahora una gran fortuna.

—¿De quién?

—De una tía suya...

Leonor refirió detalladamente a Rafael todo lo que sabía respecto a aquella tía millonaria. Arrugó el joven la frente, como si con aquel movimiento quisiese atrapar mejor alguna idea que intentara escapársele.

—Me parece que empiezo a darme cuenta de todo lo que hay en el fondo de este asunto...

—¿Qué es lo que ves?

—Una canallada... No nos importa cómo pudo conocer Arturito, antes de venir a Segovia, toda la historia de mis padres...

—Me extraña, Rafael.

—¿Por qué?

—Era muy niño entonces...

—¿Qué importa eso? Si él por sí solo no podía, en razón a su poca edad, fraguar ningún plan, alguien manejaría ocultamente los hilos de la trama... ¿No lo comprendes?

—Sí, Rafael.

—Pero no me resignaré... Iré a visitarlo y le arrancaré ese antifaz de persona decente que lleva puesto...

—Ya es tarde...

—¿Por qué? ¿Tan débil me crees?

—No es eso. Es que esta mañana ha salido para Cádiz, con el fin de esperar a su tía...

—Pero regresarán...

—Desde luego.

Acompañado por una criada, apareció don Armando. En su semblante, de ordinario alegre, se notaban huellas bien visibles de profundo disgusto.

—¿Estás aquí, Rafael?—preguntó.

En el tono con que fué hecha la pregunta, el joven creyó ver algo glacial.

—Aquí estoy, don Armando—repuso.

—Tenemos que hablar, hijo.

—Le escucho.

—Es algo que siento, pero comprendo que debo de hacerlo... Te estoy entreteniéndolo... Ese libro, que juntos hemos empezado, podemos terminarlo entre mi nieta y yo.

Comprendió Rafael todo cuanto significaban aquellas palabras y devoró la amargura que le nacía en el corazón.

—Como usted quiera, don Armando—repuso.

Leonor, que hasta entonces había permanecido muda por el asombro que aquello le producía, posó su mirada en los dos hombres.

—¿Qué ha pasado, abuelo?—exclamó.

—Nada, pequeña... Creí que podía poner mi confianza en él y he salido engañado.

—¿Por qué?—preguntó, resueltamente, el joven—. ¿Es, acaso, por lo de mis relaciones con su nieta? Si así fuese, tengo que advertirle que hoy mismo pensaba hablarle.

—Es inútil. Respecto a ese asunto ya tengo tomada una determinación. Leonor no es dueña aún de sus destinos y sabrá obedecer mis consejos. No creo que lo encuentre usted extraño. Estoy obligado a velar por ella, a cuidar de su porvenir, y no puedo dársela al primero que venga a pedírmela. ¿No lo comprende?

—No. Mi nombre es conocido en el mundo. ¿Es que teme usted que mi proceder con su hija ha de parecerse al que tuvo que sufrir Carmina Alcaraz?

—¿Cómo sabe usted eso?—preguntó, sorprendido, el anciano.

—Contésteme—replicó Rafael sin hacer caso de aquella pregunta—. ¿Es que teme usted eso?

—Puesto que me obliga, le diré que sí.

—¡Mal se conoce ese temor! Me rechaza a mí, que me tengo por un hombre digno y, en cambio, no vacila en entregarme su nieta a un vil usurpador de nombres como es ese Arturito.

—¿Usurpador? Comprendo su desencanto, Rafael, y le perdono, por tanto, el que ofenda en mi casa al nieto de mi mejor amigo...

—¡Mintió ese hombre! El hijo de Arturo Ródenas no es él... ¡Soy yo!

—¿Usted?—preguntó don Armando con estupefacción.

—Sí.

—Pero eso no puede decirse sin pruebas...

—Rafael no ha mentado, abuelo—interrumpió Leonor, poniendo gran calor en sus palabras—. Estoy segura de que si tú pudieses verle, te convencerías de cuánta verdad hay en lo que ha dicho...

Se llevó el noble anciano las manos

a la cabeza para que no estallase en el tumulto de su pensamiento.

—¿Qué es lo que pretendéis?—exclamó.

—Nada más, abuelo, que reparar una injusticia que quieres cometer... Decías antes que para afirmar la acusación de Rafael se necesitaban pruebas...

—Sí.

—Pues escucha...

Punto por punto, la joven fué refiriendo todo cuanto le había sucedido con el joven escritor, desde que viera el jardín de la casa por vez primera. Le hizo ver también el enorme parecido que tenía su semblante con el de Arturo Ródenas.

—¿Qué dices ahora?—preguntó al finalizar su narración.

—No sé, no sé... Lo que me has referido tiene una gravedad tan extraordinaria, que me confieso impotente para resolver... Tendría necesidad de hablar con Fernando, que me orientara él...

—¡Que venga ese hombre!—exclamó Rafael—. Estoy dispuesto a demostrar ante todos que no soy un falsario, que no me guía ningún otro afán que no sea el de restablecer la verdad, al intentar cambiar el nombre que con mi trabajo y mi esfuerzo he hecho célebre, por el de un parricida.

No respondió don Armando. Impresionado por el acento de sinceridad que había en las frases de Rafael, tocó un timbre.

Aun no se había extinguido su sonido, cuando ya había hecho acto de presencia la criada.

—Avisé inmediatamente al señorito Fernando de que le espero para hablarle de un grave asunto.

—Está bien.

Ya iba a retirarse la mujer, cuando Leonor la detuvo.

—Escucha, María—exclamó—. Tú, que tan vieja eres en la casa, que conoces y conocistes a todas nuestras amistades, ¿a quién te recuerda la cara del señor Urbina?

—A la del señorito Arturo—respondió la criada sin una vacilación—. Cuando le vi por vez primera, quedé asombrada del parecido tan grande que hay entre los dos.

La afirmación de la criada quebró un tanto la seguridad de que el anciano daba muestras.

—Extraño, muy extraño—murmuró—. Ve a lo que te he dicho.

Media hora después se presentó ante ellos Fernando. A pesar de que hacía sobrehumanos esfuerzos para que no fuese notado, se adivinaba en él una gran emoción.

—¿Qué hay, don Armando?—preguntó—. La criada me ha dado el recado, que confieso que me ha intranquilizado.

—No hay motivo, hijo. Es que hemos tratado aquí de un asunto, en el que tú puedes decir la última palabra.

—¿De qué se trata?

—Dígaselo, Urbina.

La explicación ya dada tantas veces, volvió a salir de los labios del joven. Sus sueños, el reconocimiento del jardín, la impresión sufrida ante el retrato de Carmina.

—Usted que conoció a mi padre, usted que estuvo a su lado muchos años, ¿no ha reparado en mi gran parecido con él?—preguntó Rafael.

Comprendió Fernando que el negar en redondo podía parecer sospechoso.

—Sí...—contestó con estudiada indiferencia—. Reconozco que hay entre ustedes dos alguna semejanza; pero eso no es bastante, amigo Urbina. ¡Hay tanta gente por ahí que se parecen unas a otras, sin que les una ningún lazo de parentesco!

—Eso, no, Fernando—interrumpió Leonor—. El parecido entre Arturo Ródenas y Rafael es perfecto.

—No exageres, mujer. Hay un parecido, pero no tanto como tú dices. Además, tú no le conociste.

—No; pero he visto su retrato, y la criada, que sí que le conoció, lo afirma como yo.

—Aunque así fuera, Leonor, reconoce que no es un motivo. Y lo que más me extraña es que este señor no haya querido lanzar una acusación contra Arturito, hasta el momento en que éste está ausente...

—Ignoraba ese detalle, amigo Fernando—se apresuró a decir Rafael.

—Es igual. Una persona, que posee el talento de usted, no puede hacer caso de unos sueños, más o menos verosímiles. A cambio de eso, Arturito, que cuando vino a ésta era un niño, dió tales detalles, que sólo habiéndose vivido aquello pueden decirse. Aquellos recuerdos tan terribles todavía producen en él tan fuerte impresión, que cuando alguien se los recuerda hasta llega a accidentarse.

—O lo finge, que no es lo mismo—interrumpió Leonor.

Las palabras de la joven parecieron llenar de indignación a Fernando.

—No debes de hablar así—le reprochó—. Con tus frases alocadas hieres la reputación de un muchacho que te quiere, para defender a un hombre que no sabes aún qué finalidad pueda llevar.

—¡Caballero!—respondió Rafael Urbina, con hermosa altivez—. Todavía no le ha dado a usted nadie el derecho de que dude de mi honradez.

—Ni yo lo intento, amigo Urbina. Lo único que hago es defender al amigo ausente, del que tampoco tiene usted derecho a dudar.

—Lo que he dicho lo sostengo.

—Es natural. Pero comprendo que no debe ser así. Enfrente de la realidad, los sueños no tienen valor alguno. Yo, como médico que soy, comprendo perfectamente su caso, porque no es el primero de que tengo noticias. Cuando usted ha llegado aquí, ha oído la historia de Arturito; insensiblemente, sin usted mismo darse cuenta de ello, la ha relacionado con sus sueños, y la ilusión ha sido tan perfecta, que ahora se empeña en convertirla en realidad, puesto que usted mismo lo cree.

—No; no es así—protestó, indignado, Rafael—. Las razones que usted alega no pueden convencer a nadie. Yo, lo único que sostengo es que alguien interesado en la fortuna de mi tía, aleccionó previamente a Arturito. La prueba más evidente de ello, es que al calor de esta discusión voy recordando nuevos detalles. En aquel tiempo usted, Fernando, tenía bigote.

—Todos los hombres de aquella época lo llevaban.

—Jugábamos los dos en el jardín.

De repente se dió una palmada en la frente.

—Un día—dijo con exaltación—, mi abuelo tuvo una violenta discusión con usted y lo echó a la calle.

Una palidez marmórea cubrió el rostro del miserable. Pero haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo se mantuvo tranquilo.

—Su memoria ha ido demasiado lejos, amigo Urbina—contestó con calma—. Ese hombre que usted ha citado ha sido siempre un padre para mí.

—Es verdad—afirmó don Armando.

—En fin, concluyamos — exclamó Fernando, que ya estaba completamente tranquilo—. Usted no tiene derecho a perturbar la tranquilidad de nadie, y menos aún sin pruebas.

—Las tengo.

—¿Cuál? ¿La del jardín, la de todos los recuerdos de esta casa?

—¡Claro!—afirmó Leonor.

—¿Guardas algún recorte de periódico en donde se hable de tu abuelo?

—Todos.

—Pues tráelos.

Salió la joven, y al momento volvió con un gran número de papeles en la mano.

—Veámos—dijo Fernando empezando a revisarlos—. Aquí está tu abuelo en su biblioteca, en este otro en el jardín. Ya está aquí el jardín, señor Urbina. ¿No recuerda haberlo visto en un periódico como éste?

—No. Lo que digo es que usted es un impostor...

Leonor se aproximó a él luciendo en su mirada la confianza que le merecía.

—¿Qué dices a eso, Rafael?—le preguntó.

La miró él altivo, y clavando su vista en Fernando preguntó:

—¿Tienes confianza en mi lealtad?

—Sí—respondió ella sin una vacilación.

—¿Y usted?—preguntó a don Armando.

No obtuvo contestación del anciano. Vió, sí, que extendía su brazo y le señalaba, imperioso, la puerta. Abatió la cabeza sin una protesta, y con precipitado paso salió de aquella casa.

Un sollozo escapó del pecho de Leonor.

—¿Por qué has hecho eso, abuelito?—preguntó con acento desgarrador.

—Era preciso, pequeña.

—No—protestó ella indignada—. Rafael ha dicho la verdad. Aquí hay algo contra él. Algo que yo no puedo explicarme.

—¿Qué va a haber, criatura?—preguntó Fernando, sonriendo.

—No lo sé. Pero a él le creo más que a usted.

—¿De veras?

—Sí. Usted ha empezado mintiendo deliberadamente. Lo primero que ha hecho es negar su terrible parecido con el marido de Carmina.

—En absoluto, no lo he negado.

—Es igual. Además, le he visto a usted palidecer cuando él le recordaba cier-

tos detalles, y más particularmente cuando citó lo del disgusto con su padrino.

—¿Qué le parece a usted eso, don Armando? ¿Se ha fijado los estragos que el amor hace en las cabecitas jóvenes?

—¿Qué va a parecerle?—exclamó ella, adelantándose—. Rafael, abuelito, te ha dicho la verdad. La he visto resplandecer en sus ojos mientras hablaba.

Se acercó a Fernando, retadora y magnífica.

—Es usted quien ha mentido—afirmó—. Leo la maldad en esa mirada que clava usted en el suelo, por no atreverse a mirar de frente... ¿Por qué le echaron de casa de su padrino el mismo día que le asesinaron?

—Eso es mentira.

—No; no lo es. Cuando usted lo oyó de sus labios, su rostro retrató todo el terror que había en su alma.

Aquello era más de lo que Fernando podía oír, y decidió adoptar una actitud de dignidad ofendida.

—Permítame, don Armando, que me retire. Comprenderá que no puedo oír tranquilo ciertas injurias, y no quiero verme obligado a callar, por tratarse de una mujer.

Con ademán rápido abandonó la habitación.

—¡Fernando! ¡Fernando!—llamó el anciano.

Oyó la puerta del jardín al cerrarse y se volvió entonces hacia su nieta:

—¿Qué has hecho, mujer?

—Desenmascarar a un malvado, abuelo...

Y luego, como si respondiera a un pensamiento íntimo, murmuró para sí:

—¡Se vengará! ¡Lo sé!

Capítulo XXII

PREPARANDO LA TRAMPA

Aquella misma tarde, un magnífico automóvil se detenía a la puerta del hotel Ripalda. Embutido en un soberbio gabán de pieles, descendió un caballero que penetró en él, sin detenerse. Pidió habitación, dejando una tarjeta para que tomasen los datos en el registro de entrada. En dicha cartulina podía leerse:

CARLOS FERRAN
Profesor de Literatura

HABANA

Penetró en su cuarto una vez cumplidos todos los trámites, y ya no salió de él hasta que llegó la hora de la cena. Cuando se presentó en el comedor, lo elegante de su indumento atrajo hacia sí todas las miradas.

Muy próximo a la mesa que había ocupado, Rafael Urbina ocupaba otra en compañía de Celia Rodríguez.

—¡Se acabaron las lecciones que te daba Leonor!—exclamó el joven dirigiéndose a su amiga.

—¿Cómo que se acabaron? ¿Por qué?—preguntó ella, sorprendida.

—Porque me han arrojado de aquella casa.

—¿A ti?

—Sí. Me consideran un impostor, y no tengo, por consiguiente, cabida entre ellos.

Hablando sobre este asunto, consumieron la cena. Entretanto, el caballero recién llegado no dejaba de observar a Rafael.

—Dígame — preguntó al camarero—.

¿Aquel señor es don Rafael Urbina?

—Sí, señor.

—Éntreguele esta tarjeta y dígame que me alegraría mucho su permiso para saludarle.

Cuando el servidor cumplió el encargo, Urbina no pudo disimular un gesto de contrariedad. No obstante, se puso en pie, dirigiéndose acto seguido a la mesa de aquel personaje.

Le tendió las manos el recién llegado, dando muestras de gran efusión.

—¡Qué gran placer!—exclamó.

—¡Valiente imbécil!—suspiró Rafael entre dientes.

Pero como no era cosa de que dijese eso mismo en voz alta, contestó amable al saludo:

—El placer es para mí, señor.

—Lamento haberle interrumpido la conversación con su señora.

—No es mi esposa, doctor. Se trata de una amiga... Venga y le presentaré.

Así lo hicieron, y tras de beber una copa de riquísimo Oporto, el doctor americano les invitó:

—¿No podríamos ir a terminar la velada a algún teatro?

—¡Ay, mi querido amigo!—repuso Rafael—. ¿Teatro aquí?

—¿No hay?

—No.

—¿Qué podríamos hacer, entonces?

—Como no recorramos la ciudad. Su aspecto, de noche, es algo fantástico.

—Por mi parte, acepto.

Se excusó Celia, y después de haberla despedido salieron a la calle. A aquellas horas, Segovia se encontraba sumergida en un gran silencio.

—¡Qué evocador es todo esto!—comentó el catedrático.

—Mucho—repuso Rafael.

Continuaron su paseo nocturno. Al llegar ante las tapias de un jardín, el joven se detuvo, sorprendido. Un recuerdo vago, impreciso, sacudía su memoria.

—Esto, querido amigo—dijo reponiéndose—, me produce una sensación de curiosidad que no sé reprimir.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Ahora mismo hay en mí un deseo enorme de pasear por ese jardín, bajo la luna.

Se acercó a la tapia para examinarla.

—¿Qué va usted a hacer?—preguntóle el doctor.

—Escalarla.

—¿Para qué?

—Capricho.

—No cuente conmigo.

—Pues entonces, espéreme o márchese. Lo que guste.

—Prefiero retirarme.

—Hasta luego, pues.

Sin preocuparse ya más de su acompañante, que se alejaba calle arriba, Rafael alcanzó el borde de la tapia. Una vez en él se dejó caer al interior. Sin ninguna precaución, empezó a recorrer los senderos del jardín. Sin que supiera la causa, él andaba por allí como en un terreno conocido. De repente, todas las nubes que extendían un celaje sobre su memoria, se disiparon bruscamente. Todo llegó a su cerebro como una sensación repentina. Lo recordaba paso a paso: el banco donde su madre se sentaba a coser, la plazoleta llena de macizos, la fuente con el viejo surtidor.

En un minuto, toda su niñez desfiló, sin una duda siquiera, por su imaginación. ¡Aquella era su casa!

Con la emoción natural, intentó penetrar en el interior. Pero no pudo. Puertas y ventanas permanecían herméticamente cerradas, sin que le fuese posible abrirlas. No pudo contener un sollozo ante su impotencia. Recorrió de nuevo el jardín, y cuando se sintió cansado tomó

asiento en aquel banco que tantos y tan bellos recuerdos tenía para él.

Allí meditó sobre lo que debía hacer. Poco después se levantaba del asiento, y escalando de nuevo la tapia se dejaba caer a la calle.

Sin ninguna vacilación se dirigió a la redacción del periódico "El Eco", en la que los redactores se ocupaban, febrilmente, en la confección del diario.

Fué recibido por el director con grandes muestras de júbilo.

—¿En qué puedo servirle, amigo Urbina?—le preguntó.

—Desearía de ustedes que me dejaran examinar la colección, en donde necesito buscar unos datos.

Complacido inmediatamente, buscó el número del periódico correspondiente a la fecha del crimen contra la persona de su abuelo. Allí, en primera plana, y con epígrafes bien visibles, estaba la crónica que hacía mención del asesinato, la labor del Juzgado, la desaparición de Arturo Ródenas, a tiempo que se descubría el desfalco del Banco. Como este asunto palidecía, dada la mayor importancia del crimen, no había casi datos que le pudiesen orientar.

Dispuesto a averiguarlo todo, volvió al lado del director.

—¿Puedo molestarle un rato?—le preguntó.

—¿Molestarme? Lo que puede ocurrir es que le quede agradecido.

—¿Conocía usted a Arturo Ródenas?—preguntó Rafael haciendo un esfuerzo para no manifestar la emoción que sentía.

—Mucho. Aquí, en Segovia, acaso fuese yo su único amigo.

—¿Recuerda las circunstancias que intervinieron en el desfalco de que se le acusó?

—Perfectamente. ¿Le interesan?

—Sí. Alguien, cuyo nombre no puedo decir y que tiene verdadero empeño en su rehabilitación, me ha encargado que haga averiguaciones.

—Lo celebro, amigo Urbina. Para mí, es que Arturo Ródenas no tuvo participación en aquello.

—¿En qué se funda para decir eso?

—En que lo conozco muy bien y sé que es incapaz de ello.

—Sin embargo...

—¡Mire, Urbina! Datos firmes para negar no tengo; pero no sé por qué en-

cuentro ese robo sumamente extraño. Aun el mismo banquero perjudicado creía en su inocencia.

—¿Por qué le condenaron, entonces?

—El presunto culpable era él.

—¿No se encontró en la caja ninguna huella de fractura?

—Nada.

—¿No pudo Arturo Ródenas tener un descuido en las horas de oficina y dejar la caja abierta?

—Sí. Pero tenga en cuenta una cosa: Arturo no recibió aquella mañana en su despacho más visita que la de Fernando Alcaraz, el ahijado de su suegro, y declaró rotundamente que cuando terminó su trabajo había dejado bien cerrada la caja.

—Es extraño. ¿A qué había ido Fernando allí?

—Según creo, a hacerle a Arturo un préstamo de dos mil pesetas.

—¿Para qué las necesitaba?

—No lo sé. Aquella misma noche volvió Arturo a jugar, cosa que no había vuelto a hacer.

La frente de Rafael quedó surcada por una profunda arruga.

—¡De manera que Fernando intervino también en este asunto!—pensó.

Despidióse del director, tras de rogarle que guardase silencio sobre el motivo de aquella visita.

Cuando llegó al hotel encontró en él una carta de Leonor. La leyó con la emoción natural. Decía así:

"A pesar de todo creo en ti. Te quiero y espero que podré convencer a mi abuelo de que ha sido injusto contrigo. Mientras tanto, acude todas las noches a la reja que tengo en la parte trasera de la casa, para que podamos hablar."

Tranquilo ya por lo que concernía a su amor, subió a su dormitorio. Durante una hora paseó sus meditaciones por la habitación.

—¡Sin duda soy víctima de un complot!—se dijo—. Y si yo puedo serlo, ¿por qué no pudiera haberlo sido mi padre también?

Se metió en el lecho, y poco después, con la tranquilidad del justo, dormía.

Capítulo XXIII

TRIUNFA EL MAL

Cuando se levantó a la mañana siguiente, ya había formado, *in menti*, una resolución. Decididamente hablaría a Fernando y le arrancaría, fuese como fuese, la verdad.

Al bajar al comedor para desayunar le esperaba Celia en una mesa.

—Te esperaba para despedirme—le dijo ella.

—¿Cómo es eso? ¿Te vas?

—A las diez... Un día u otro tenía que

—Es verdad. Ahora bien. Yo le di a cambiar a usted, cuando llegué, un billete de quinientas pesetas. ¿No es eso?

—Sí.

—Pues estos dos billetes son todavía del cambio que usted me dió, puesto que yo no he recibido más dinero.

—Aquí no se da moneda falsa, señor—clamó, indignado, el propietario.

—No lo discuto. Pero estos billetes son de aquí, y si no me los cambia daré parte a la policía.

—Quien va a hacerlo soy yo.

Antes de que Rafael pudiese hacerlo, ya había cogido el dueño el teléfono y comunicaba con la Comisaría.

Un momento después estaban allí los



hacerlo, y he pensado que cuanto antes, mejor.

—Como quieras.

Cuando terminaron el desayuno, Rafael pidió la cuenta de la joven.

—Ciento sesenta y cinco pesetas—respondió el dueño del hotel, después de haber sumado la factura.

Entregó el joven dos billetes de cien pesetas, que el hotelero miró atentamente.

—Estos billetes son falsos, don Rafael—le dijo, devolviéndoselos.

—¿Falsos?

—Completamente.

Los examinó Rafael cuidadosamente.

agentes. Conocían de mucho tiempo al dueño, y no tenían duda alguna sobre su honradez. Después de haber oído las explicaciones de ambos, se acercaron a Rafael cortésmente.

—Lamentamos tener que decirle que puede usted haber sido víctima de una estafa—le dijo el comisario—. Ahora nos va usted a permitir el que practiquemos un registro en su habitación.

—No hay inconveniente—repuso el joven.

Seguido de la policía llegaron al dormitorio. Una vez allí, en presencia de Urbina, hicieron un minucioso registro.

—¿Este baúl es suyo?—preguntó el comisario.

—Sí.

—¿Está bien cerrado?

—Perfectamente. Aquí están las llaves.

—Abralo usted mismo.

Cuando lo hubo hecho el joven, el comisario examinó sin perder un detalle el contenido del baúl. Se detuvo a encontrar un paquete envuelto en un periódico.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—No lo recuerdo.

Deslió el policía aquel paquete, y ante los ojos atónitos de Rafael apareció un grueso fajo de billetes, tan falsos como los anteriores.

—¿Qué tiene que decir ahora?—le preguntó el policía.

La turbación que el joven experimentaba le impedía coordinar las ideas.

—No sé..., no sé—balbució aterrado—. En mi vida he tenido semejante cantidad.

—¿Supongo que no querrá usted hacernos creer que estos billetes se han metido solos en el baúl?

—No. Pero esto es alguien que quiere perderme.

—Ya hablaremos de eso. Ahora, queda usted detenido.

—¿Detenido yo?

—Sí. ¿Por qué no? Ya nos dirás en la cárcel quiénes son tus cómplices.

—¿Quién le ha dado a usted autorización para que me tutee?

—Hablemos menos—contestó el policía, a quien el tono enérgico de Rafael había sobrecogido—. Me veo en la precisión de detenerle, y espero que no me obligará para ello a adoptar alguna medida enérgica.

Comprendió el joven que no debía resistir y se entregó de buen grado.

—Estoy dispuesto—dijo.

Ya salía de la habitación, cuando apareció Celia en el corredor.

—¿Qué pasa, Rafael?—preguntó.

—Mira... Me detienen por falsificador de moneda.

—¿A ti?

—Ya lo ves.

—¡Pero si eso es imposible!

—Acaban de encontrarme billetes falsos.

Celia se llevó las manos al rostro para ocultar su desolación.

—¡Es imposible!—repitió.

Se dirigió el comisario hacia ella.

—¿Es usted muy amiga del señor?

—Sí. Somos como hermanos.

—Está bien. Ahora habremos de registrar su habitación.

—No hay inconveniente.

El comisario ordenó a un agente que vigilase a Rafael y marchó a registrar todas las habitaciones del hotel.

Cuando le tocó el turno a la del catedrático americano, éste se mostró sorprendido.

—¡Caramba! ¡Lamento lo que le ocurre al señor Urbina!—exclamó.

—¿Le conoce usted?

—¡Claro! Anoche estuvimos paseando juntos. Por cierto, que ahora me explico su deseo de escalar aquella tapia.

—¿Qué escaló es ese?—interrogó, curioso, el policía.

El americano refirió lo ocurrido la noche anterior. Una vez practicado el registro, el comisario dispuso la conducción del detenido.

—Que traigan un coche—ordenó Rafael al dueño del hotel.

Poco después llegaban a la presencia del juez.

—Señor Urbina—le dijo el funcionario—. La justicia tiene, a veces, deberes muy penosos que cumplir.

—Lo comprendo, señor juez—respondió Rafael—. Lo único que le pido es que recapacite un poco y verá como es absurdo suponer que un hombre de mi prestigio vaya a fabricar moneda falsa.

—Desde luego. Pero, ¿qué puede usted oponer a ello?

—Nada. La cartera no ha salido de mi bolsillo, y yo no he tenido en ella más dinero que el cambio que me hizo el dueño del hotel. Por otra parte, mi baúl estaba bien cerrado y las llaves las tenía yo.

—Entonces...

—Resulta incomprensible. Pero yo me permito rogarle que vea el modo de averiguar quién ha podido penetrar en mi cuarto.

—¿Para qué?

—Para meter los billetes en mi baúl.

—¿Qué interés podía tener nadie?

—Uno concreto: El de perjudicarme.

—¿Tiene usted enemigos?

—Sí.

—¿Sospecha de ellos?

—Desde luego.

—¿Quiénes son?

—Acaso lo que voy a decirle le parezca a usted un imposible, señor comisario.

—Hable.

—Aparentemente, se trata de personas honradas. Desde hace bastante tiempo, aquí se está fraguando un hecho que reviste los caracteres de un gravísimo delito.

—¿Quién interviene en él?

—Fernando Alcaraz y Arturito Ródenas.

—Dos personas dignas.

—Lo serán; pero yo los acuso del delito de suplantación.

—Fijese, que para lanzar una acusación semejante se necesitan pruebas.

—No las tengo.

—¿Entonces?

—¿Recuerda usted el caso de Arturo Ródenas?

—Sí. Fui yo el juez que intervino en ello.

—Pues se equivocó usted.

—¿Yo?

—Sí. El verdadero Arturo Ródenas soy yo...

—Como comprenderá, no puedo hacerme eco de eso sin que me dé una prueba.

—Mi parecido con mi padre.

—No le conocí.

—Pero aquí hay retratos suyos. Yo mismo tengo uno sobre la chimenea de mi habitación.

Tocó el juez un timbre, acudiendo inmediatamente un agente, a quien dió una orden.

—Hablemos nosotros de lo que interesa—dijo el funcionario volviéndose a Rafael—. ¿Quién le ha facilitado esos billetes falsos?

—Pregúnteselo a esos a quien he denunciado.

—¡Vamos, vamos! ¡Mal sistema ha escogido usted para defenderse.

La llegada del agente cortó el diálogo.

—¿Trae eso?—le preguntó el juez.

—No. Allí no hay ningún retrato.

De los labios de Rafael estuvo a punto de escapar una maldición.

—¡Lo han robado! ¡Lo han robado!—exclamó.

—¿Estaba allí cuando hicieron ustedes el registro?

—Yo no recuerdo haberlo visto—contestó el agente.

En el rostro de Rafael apareció bien patente la indignación que sentía. Cada vez se convencía más de que sus enemi-

gos habían decidido obrar con rapidez antes de que él pudiera echar por tierra sus planes.

—Bien—concluyó el juez—. ¿Quiere usted decirme qué cómplices tiene en ese asunto de la falsificación?

Una mueca de profundo desdén apareció en el semblante del joven.

—Nada tengo que decir—contestó.

—Esta bien—repuso el funcionario.

Hizo una señal al agente, que permanecía junto a la puerta, y le indicó a Rafael.

—Llévenlo a la cárcel—ordenó.

Como un autómatas se dejó el joven conducir.

Capítulo XXIV

CORAZONADA

Cuando Rafael se encontró solo en la celda donde había sido encerrado, su furor no tuvo límites. En aquel momento abominaba de todo. Le parecía intolerable que un hombre como él se encontrase bajo el peso de una acusación de falsificador. A su gran clarividencia no se le ocultaba que no teniendo pruebas le había de ser muy difícil probar su inocencia. Y más que el peligro a que estaba expuesto, lo que le martirizaba el corazón era el recuerdo de Leonor. ¿Qué pensaría de él, al saberlo objeto de una acusación tan ignominiosa, como la de falsificador? ¿Conservaría suficiente fe en su alma, para creerlo inocente? En la justicia no había que confiar. Para condenar o absolver ella no entendía de otra cosa que de hechos probados, y estos, desgraciadamente, estaban en contra suya.

En cuanto a Leonor, se encontraba desolada. Dos días hacía que casi no había dirigido la palabra a su abuelo. Su pensamiento lo ocupaba por entero Rafael, a quien consideraba como una víctima de sus enemigos.

Incapaz de guardar un rencor para el noble anciano, decidió ir al cuarto de don Armando.

—¡Buenos días, abuelo!—saludó.

El semblante del anciano se iluminó de alegría.

—¿Ya has venido?—preguntó.

—Sí. Estaba un poco indisputa.

—Y enfadada también, ¿no?

Una sonrisa dolorosa entreabrió los labios de la joven

—Sí. Enfadada contigo—repitió.

—¿Por qué, mujer?

—Acaso, sin darte cuenta, me has hecho mucho daño, abuelito.

Una punzada de dolor atormentó el corazón del anciano. Acostumbrado a reinar siempre en el cariño de su nieta, le producía dolor el que otra persona le hubiese desplazado. Era su angustia igual a la del padre que entrega su hija al marido, seguro de que ya él ocupará siempre un segundo lugar en su corazón.

—Enséñame esos ojos—le pidió.

jado solo. ¡No es posible que tú comprendas cuánto ha sido mi dolor, viendo que un extraño tiene más fuerza en tus sentimientos que yo!

—No es eso, no. Es que has sido injusto al obrar con él como lo has hecho.

—No. Aun cuando no lo creas, he tenido que violentarme para hacerlo. Pero lo exigía tu bien y no he vacilado. Hoy estoy seguro de que te sentirás; pero pasado unos días el olvido te curará por completo de ese sufrimiento, pequeña.

—No, abuelo, no. ¿No ves que es que lo quiero con toda mi alma?

—¡Bah! Eso es hoy. Mañana, cuando te



Alzó la joven los párpados y dejó puesta en los ojos del viejo su mirada.

—¡Has llorado!—murmuró éste.

—Sí.

—¿Por qué?

Abatió ella la cabeza para que no fuese notado su rubor

—Sí—afirmó.

—Yo también, pequeña—confesó don Armando.

—¿Tú?

—Sí... Hasta hoy nunca me habías de-

hayas convencido de que quiso envolvernos a todos con sus imposturas, te alegrarás de este gesto brusco que hoy ha tenido tu abuelo.

—Rafael es noble.

—No. Estoy seguro de que mintió. Lo que se proponía con ello es lo que ignoro. Además, lo retrata de cuerpo entero, el acto de traer a esta casa a su querida.

—¿A su querida?—interrogó Leonor, asombrada.

—Sí. A esa cupletista.

—¡Oh, no! Esa joven es honrada como la que más.

—¡Bah!

—¿Por qué no has de creerlo?

—Aunque así fuese. Lo cierto, lo innegable es que ese hombre ha pagado la hospitalidad que Segovia le ha otorgado, levantando una tremenda calumnia contra personas respetables.

Se sintió sin fuerzas la joven para hacer su defensa más eficaz. Ahogó por tanto las lágrimas que le llegaban a los ojos y marchó a reanudar sus tareas.

La cena se hizo después en silencio. Esperaba con terrible impaciencia que el reloj señalase la hora de su cita con Rafael en la reja. Como siempre, se dejó besar por don Armando, cuando éste se retiraba a acostarse.

Una vez que lo hubo efectuado salió al jardín y se dirigió hacia la reja. Avizoró con ansiedad el espacio de callejón que dominaba su vista, sin distinguir ninguna persona.

—¿Será posible que ya me haya olvidado?—pensó.

Aquel pensamiento de desconfianza duró en su mente un segundo.

—No... No puede ser—se dijo.

Al fin, el profundo silencio de aquellos lugares fué turbado por el ruido de unos pasos. Sintió ella que el corazón aceleraba su latir y esperó anhelante.

Una sombra se destacó en la obscuridad. A pesar de su angustia, reconoció en ella a Celia.

—¿Usted? — exclamó, cuando se hubo acercado.

La sorprendió el llanto agitado de la cupletista.

—¿Qué pasa, Celia? ¿Qué pasa?—le interrogó, muerta de ansiedad.

—¿No lo sabe usted?—preguntó la artista.

—¿Qué?

—Rafael... ha sido preso...

—¿Cómo? — gritó Leonor poniendo en aquel grito todo su corazón.

—Sí. Esos malvados ya han empezado su obra contra él.

—No es posible... ¡Rafael preso! ¿Por qué? ¿De que le acusan?

—De falsificador de billetes...

—¡Oh!

Se llevó Leonor las manos al rostro con desesperación.

—Una infamia—exclamó Celia—. El es el mejor de los hombres...

—Pero..., ¿cómo ha podido ser eso?

No dudó ni un momento de la inocencia de su novio. Otra cualquiera hubiese sospechado, hubiera creído imposible que aquella acusación pudiese ser resultado de una abominable intriga. Pero Leonor conocía ya de lo que eran capaces sus enemigos.

Sin despegar los labios oyó todo el relato que su amiga le fué haciendo respecto a la detención del joven.

—¡Infames! ¡Infames!—exclamó, sin poder contenerse.

—¿Verdad que usted no le cree capaz de eso?

—¡Yo! ¡Cómo voy a dudar de él! Sé que es bueno y es honrado, y que la desdicha se ha cebado en él desde que nació. Por eso, Celia, tenemos que unirnos usted y yo para defenderle...

—Lo haremos. Así, al menos, si él no consigue demostrar su inocencia, que encuentre en nosotras el apoyo que nunca le debe faltar.

—Sí, sí. Pero no hay que pensar en eso ahora. El momento exige que luchemos para salvarle. ¡Llorar no! ¿Qué conseguiríamos con ello?

Resultaba magnífica con aquel gesto decidido que retrataba su rostro.

—¿Sabe usted con quién estuvo la noche última?—preguntó a Celia.

—Sí. Con un señor americano que llegó ayer mismo a Segovia.

—¿Se conocían?

—No. Yo estaba con Rafael en la mesa cuando ese señor le hizo pasar su tarjeta.

—¿Hablaron mucho tiempo?

—Creo que sí. Yo me marché a acostar y ellos salieron juntos.

Frunció Leonor la frente, atormentada por el hilo de una sospecha.

—Me parece que ese americano tiene parte en ese enredo. ¿No le parece?

—No lo sé. Sólo puedo añadir que por lo que yo vi, ese individuo tenía mucho interés en hacer amistad con Rafael.

—¿Se hospedaba en ese hotel?

—Sí.

—Vamos a verle.

—¿Ahora?

—Sí. En estas cosas no debe desperdiciarse el tiempo.

(Se continuará.)

Los aventureros de París

por Guy de Teramond

Apasionante narración de intrigas y amores, de crímenes y delitos misteriosos, de triunfos detectivescos y maravillosas descripciones del ambiente mundano y cosmopolita

El genial novelista francés se ha superado a sí mismo en la creación de tipos admirables y sugestivos, como la condesa de van der Sée, el caballero di Torno, el detective Magroule, los hermanos Stampa, el duque de Strenzzi y otros que, aun siendo tipos secundarios, tienen un relieve y un vigor tan acentuado que se graban de un modo indeleble en la mente de los lectores

Esta magnífica obra ha sido editada en DIEZ cuadernos al precio de **30 céntimos** ejemplar.- Colección completa: **2 ptas.**

El rey de los boxeadores

Marcel Dunot, «El rey de los boxeadores», es un joven dotado de valor y audacia extraordinarios; inalterable ante las más difíciles circunstancias, afronta con serenidad, ingenio y osadía, peligros enormes y situaciones espantosas, saliendo siempre triunfante

Campeón mundial de boxeo, buscador de oro, fogonero y capitán de navío, presidente de una pequeña república americana y prisionero de guerra, su vida es una sucesión continua de hazañas maravillosas

Esta admirable novela de **José Moselli**, forma una colección de 30 cuadernos, a **30 céntimos** cada uno.- Colección: **7 ptas.**